

Introducción

Carlos de Sigüenza y Góngora o la culminación del proyecto integral criollo

La obra de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) representa uno de los proyectos culturales más importantes de todo el período novohispano. Sus letras manifiestan a cabalidad el diálogo transatlántico que buscaron crear los descendientes de españoles nacidos en la Nueva España para alcanzar el lugar que, tras la caída de Tenochtitlan en 1521, consideraban merecer en la estructura social de su tiempo. Fue un largo proceso de asimilación y maduración que los criollos tuvieron que enfrentar para resolver su inestable situación, entre la falta de reconocimiento de los españoles y el rechazo al indígena y a los grupos marginados de la capital novohispana.

Entre 1535 y 1580, una primera generación criolla buscó en sus ilustres ancestros —principalmente conquistadores—, el sustento jurídico para reclamar los bienes materiales a los que creían tener derecho por los servicios brindados al rey de este lado del mundo. Esta dio paso a una segunda generación que, a lo largo del siglo XVII, apeló a la edificación de una historia y de una cultura propias mediante la creación de un corpus discursivo que articuló su propia concepción de la identidad hispana (Mazzotti, «Criollismo» 149). Fundamentado en la reinención y mitificación de un pasado prehispánico de corte universalista, dicho corpus les sirvió para seguir peleando por los beneficios pretendidos ya no tanto desde la épica propuesta en el siglo XVI, sino, más bien, a partir de una posición reivindicativa de su figura como ejemplo de la fusión entre lo mejor de España y América.

Con el presente libro nos proponemos ofrecer una nueva ventana de acercamiento a la producción textual de Sigüenza y Góngora a través del análisis de seis de sus últimas obras, a saber la *Libra astronómica y filosófica* (escrita en 1681 y publicada en 1690), los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), la *Relación de lo sucedido a la armada de Barlovento* (1691), el *Trofeo de la justicia española* (1691), el *Alboroto y motín de los indios de México* (1692) y la «Descripción de la bahía de Santa María de Galve» (1693). En estas, el sabio novohispano concreta un proyecto de intenciones integrales¹ mediante un discurso criollo en el que, a través del manejo de distintos saberes, refleja su capacidad de generar una expresión y un conocimiento americano que no desmerecieron a los que se produjeron en Europa. Mediante dicho plan, nuestro autor buscó mostrarse como un sujeto capaz de resguardar y ordenar su propia cultura, y con ello, insertar su voz en el debate sobre la mejor manera de organizar y de gobernar Nueva España. De tal forma, que en la expresión de Sigüenza se manifiesta el afán de erigirse y erigir a los suyos como una parte primordial en la integración y composición del imperio hispánico a finales del siglo xvii. Como se verá más adelante, a través de la adscripción de los valores positivos pregonados por la Monarquía Hispánica, los hijos de españoles nacidos en América buscaron evadir la indiferencia con la que eran vistos para sentirse parte —desde sus diferencias—, de una sociedad unificada. Sin embargo, antes de proceder con el estudio de estas obras nos parece pertinente reflexionar sobre el estado actual del concepto «criollismo», así como sobre otros vinculados a este. Posteriormente, esto nos permitirá establecer el enfoque con el que abordaremos dichas obras y observarlas en su conjunto como ejemplo paradigmático de un proyecto criollo de dimensiones globales.

1 Proyecto que surge en el contexto de la crisis financiera y de la decadencia social que se vivía en la España de los Austrias en el siglo xvii, dentro de una cultura barroca que fomentaba los localismos, adaptada al Nuevo Mundo bajo la justificación de que Dios había elegido a América para derramar sobre ella sus gracias y favores. La riqueza y las virtudes de esta tierra se asociaban a las habilidades, el ingenio y la inteligencia de los novohispanos, sobre todo de los criollos; en el territorio americano la naturaleza no solo propiciaba la práctica de las virtudes cristianas, sino que fomentaba también las seculares, como la valentía y la fidelidad al rey (Rubial García, 210-215). Todo lo anterior era un elemento implícito en el *proyecto integral criollo* que fraguó Sigüenza y Góngora a través de su obra.

Perspectivas sobre el «criollismo»: modalidades y resignificaciones

A partir de la segunda mitad del siglo xx, la idea del «criollismo» ha cobrado una mayor precisión en cuanto a su origen, características y evolución. Además de la cuestión racial, hoy sabemos que son otros aspectos, como el jurídico, el social, el cultural o el lingüístico, los que se deben tomar en cuenta para estudiar sus alcances en una justa dimensión². En este sentido, nos centraremos en los conceptos de *identidad*, *archivo*, *discurso*, *sujeto*, *agencia* y *nación/patria* para desentrañar las características y objetivos detrás del proyecto integral criollo en las últimas obras de Sigüenza y Góngora.

Como José Antonio Mazzotti señala, entre los siglos xvi y xx, el término «criollo» evoluciona a partir de su uso colonial para referirse, inicialmente, a los africanos y europeos nacidos y criados en las Américas, mientras que, actualmente, este remite a las nuevas identidades dentro del Estado y la independencia cultural en América Latina y el Caribe («Criollismo» 144). Probablemente fue en 1567, explica el propio Mazzotti, cuando se utilizó por primera vez

2 Hacia 1951, Juan José Arrom define *criollo* como el «término que indica distinciones de carácter cultural, y los criollos somos los que, sin ser indígenas, hemos nacido de este lado del charco y hablamos y pensamos en español con sutiles matices americanos» (175). Años después, Mariano Picón-Salas, si bien veía en sentido estético una «criollización del arte» propia de una sociedad más sedentaria y urbana que buscaba reflejar América ya no como un mundo extraño, sino como parte de la historia universal (109), advertía de forma negativa que dicha criollización manifiesta en el Barroco de Indias se desarrollaba en conventos y universidades vistos «en América [como] los grandes laboratorios de la degeneración cultista» (112). Décadas más adelante, Irving Leonard, por su parte, explicaba que «los criollos aparecieron en la escena del Nuevo Mundo cuando los conquistadores del siglo xvi no habían terminado aún su tarea, y [que] en sólo una generación constituyeron ya un tipo bien definido, agudamente sensible y siempre afligido por sentimientos de inferioridad» (72). Como veremos en las siguientes páginas, aunque diversos estudios recientes sobre el criollismo han visto cómo esos «sutiles matices» tendieron a una apropiación de la lengua por parte de nuestros escritores, o la necesidad de superar ciertos prejuicios sobre una de las vertientes fundamentales del Barroco —como lo fue el culteranismo o la imposibilidad de sostener una sola forma de ejercer la identidad criolla—, las propuestas de Arrom, Picón-Salas y Leonard deben ser consideradas puntos de partida para la discusión sobre lo que hay detrás del discurso criollo.

este término a modo de insulto para referir a estos «neoeuropeos», ya que el apelativo es originariamente concebido con la idea de denominar peyorativamente a los hijos de esclavos africanos nacidos fuera de África («Introducción» 11).

Al respecto, Juan M. Vitulli y David M. Solodkow proponen identificar el proceso de construcción del «criollo» a través de tres fases históricas. En primer lugar, la que les retrata estereótipicamente como «descendientes de conquistadores» (1560-1600). En segundo lugar, la serie de actos que componen lo que llamaríamos *agencia*: apropiación lingüística, resemantización y creación del contraestereotipo (1600-1700). Y, finalmente, el ciclo de formación de la conciencia criolla, el cual tiene lugar entre 1700 y 1810 (16)³.

Es a la fase correspondiente al siglo xvii a la que nuestro autor pertenece, pues, como Kathryn Mayers destaca, tanto Carlos de Sigüenza y Góngora como escritores de la talla de sor Juana Inés de la Cruz manifiestan puntos de vista sobre la realidad de su tiempo que desafían las categorías de clasificación social europeas. Esto les fue posible gracias al conocimiento de la hibridez y la transculturación, producto de una subjetividad multiposicional⁴ que ponía al servicio de la Monarquía Hispánica su labor como intérpretes étnico-sociales de la realidad americana (148). Por consiguiente, la intención de contribuir e integrar a la élite criolla como parte fundamental del aparato imperial en ambos lados del Atlántico, será una constante en el corpus del sabio novohispano.

Dicha creación del contraestereotipo por parte del criollismo durante el siglo xvii tiene obvias repercusiones en el asunto de la *identidad*. Para Mabel Moraña, esto debe ubicarse en el contexto de las contradicciones sociales y los conflictos de poder que privan, en el ámbito virreinal, bajo un espíritu de contraconquista y

3 Más adelante en el mismo texto se especifica que, de acuerdo con los estudios filológicos e historiográficos a su disposición, se considera que la emergencia del término se puede precisar hacia 1560 (24).

4 La multiposicionalidad del sujeto criollo como rasgo diferenciador respecto a los peninsulares permite, de acuerdo con la propia Mayers, que dicho sujeto se quiebre en múltiples posiciones que no se identifican por completo con una tradición o punto de vista ideológico (151). Desde estos lugares, los criollos son capaces de desplegarse o de replegarse dentro del ámbito virreinal conforme a sus intereses, como se verá en las obras de Sigüenza y Góngora que aquí analizamos.

de sentimientos protonacionales («Introducción», i). Para Mazzotti, por otra parte, la identidad criolla se articuló, en un sentido colectivo, a través de una comunidad soportada por lazos culturales, religiosos y geográficos bajo un ancestro común («Criollismo» 149). Sin embargo, cabe señalar que, como se mencionó anteriormente, el conflicto identitario criollo estuvo marcado por dos factores. Primero, por el sentimiento de agravio que surge tanto de la falta de reconocimiento de los peninsulares. Y, después, tanto por el distanciamiento que buscaban con los indígenas contemporáneos como por la empatía que sentían por la reinención hermética⁵ y abstracta de las élites nativas prehispánicas (Villela 12) que proveían ese ancestro común. Ante esta insegura posición criolla, escritores como Sigüenza y Góngora generaron procesos de autoidentificación ante aquel grupo español dominante al que, por medio del uso pronominal del *nosotros* y lo *nuestro*, buscaban sumarse (Cogdell 259).

Lo que se manifiesta en las obras de Sigüenza que aquí estudiaremos es, de acuerdo con Alberto Baena, una búsqueda ontológica de lo que definiría a los criollos frente a aquellos que les rodeaban, por una parte, y ante la necesidad de establecer su situación con respecto a la tierra que habitaban, por otra. Según la idea que los españoles tenían de ellos, dicha tierra se encontraba determinada por el prejuicio de que las costumbres relajadas y la adaptación cotidiana al clima y a las circunstancias americanas los transformaban en individuos de los que era mejor desconfiar (61). No obstante, esta idea también quedaba manifestada en las oscilaciones propias de la construcción de la identidad criolla, las cuales dieron como resultado aproximaciones simbólicas, retrospectivas, ambivalentes y paranoicas respecto al Otro —corresponda este al espacio hegemónico o a los espacios periféricos (Jáuregui, 84)—. Serán las aproximaciones paranoicas las que se construyan en relación con los indios del presente histórico criollo ante el constante temor de que pudieran frustrar su proyecto integral. En consecuencia, aspectos inherentes a la formación de una identidad

5 Entiéndase *hermética* en el sentido de una historia prehispánica impenetrable y enigmática que solo podrían descifrar y fijar en el imaginario colectivo los propios criollos.

criolla —como la historia, la cultura, la religión, la lengua o el territorio— se manifestarán, según Moraña, a través de máscaras autobiográficas que, como veremos en el caso de Sigüenza, se utilizaban bajo un yo autoral, narrativo, protagónico y/o pseudoautobiográfico, conformado durante el discurso criollo a lo largo del siglo xvii (*Viaje* 125). Esto evidencia una multiposicionalidad por parte de los sujetos detrás de dicho discurso a través de su uso de las máscaras nominales, las citas de autoridad y el símil (Vitulli y Solodkow, 41). En este caso, si bien Mayers lo aborda con respecto a sor Juana, consideramos que, de igual forma, su análisis del «retrato» en la poesía de la monja jerónima funciona para el estudio de la identidad criolla, puesto que, como herramienta textual, evidencia el conflicto que, para estos escritores, representa mostrar esta identidad como diferente a la europea, que no inferior. Esto es aún más claro cuando se estudia cómo, mediante dicha identidad, tratan de desafiar, por ejemplo, la hegemonía de un ideal estético «universal» o incluso la lógica tras el sistema político hegemónico colonial, que, como posición discursiva, podía resultar imposible de sostener (154, 155 y 162) debido a sus aparentes contradicciones. Así, este conflicto identitario, presente tanto en los trabajos de sor Juana como de Sigüenza, debe pensarse a partir de instancias vinculadas a las posibilidades de semejanza, de coincidencia y de una pretendida igualdad que los distinguiera como poseedores de una *forma positiva de ser* dentro de la sociedad hispanoamericana del siglo xvii.

Ahora bien, para entender los andamios sobre los que se construye dicha posición discursiva, resulta útil recurrir al concepto de *archivo*⁶, el cual nos brinda una ventana a sus continuidades y

6 En un sentido general, atender a la idea de *archivo* como un lugar en el que se delimitan las prácticas discursivas en un constante proceso de actualización, discursiva y enunciativamente inacabado (Foucault 1970), nos remite a una doble condición, instituyente y conservadora, que necesariamente implica un espacio de consignación, una técnica de repetición y cierta exterioridad (Derrida 1994). En el contexto colonial, José Rabasa apunta a la forma en que, a partir del registro, copia y transcripción de fuentes, se creó un archivo de diferentes voces del pasado, cuya producción evidencia, en las funciones de sus creadores, cómo se llevaron a cabo las prácticas de transmisión y negociación en la intersección de dos mundos (2010). La dinámica de este archivo colonial parte, como señala Valeria Añón, de la generación de un inventario que, al constituirse en un

disrupciones a partir de 1521 y en relación con el criollismo. En un primer momento, recurrir a la conformación del archivo criollo como matriz de prácticas y disposiciones discursivas se hizo imprescindible. En efecto, como Anthony Higgins identifica, dicho archivo se presentó como una herramienta de gran utilidad para teorizar la dinámica de estos sujetos, la cual nos ayudaría a entender mejor las complejas relaciones entre *saber* y *poder* en el ámbito virreinal. Su uso generó, por tanto, una red de intelectuales y mecanismos institucionales que articularon las tradiciones textuales y las formas argumentativas autorizadas sobre la historia y los territorios americanos. De este modo, fue inevitable que el manejo simbólico y material de este archivo por parte de los sujetos criollos generase la creación de espacios textuales contradictorios para una Modernidad que, en el ámbito novohispano, se ejercía dentro de la estructura de poder controlada por los españoles y que, a su vez, se veía acechada por un sector tan importante como era la élite criolla (6, 8, 9 y 13). La inserción de estos en lugares como el archivo, en este sentido, fue determinante para la búsqueda de su reconocimiento por parte de clase dominante peninsular.

En relación con Sigüenza, Anna More ha destacado la relevancia del archivo en su obra como lugar de producción de un pasado primario y arcaico que se recompone a partir de los documentos que este alberga y en el que la identidad se fija mediante narraciones o colecciones que pretenden ser completas y decisivas. Y es que fue a través de dicho archivo como la élite criolla buscó construir una historia propia que no desmereciera al contraponerse con la española. Como una negociación continua entre la memoria viva y los intentos por institucionalizar a esta, el archivo podía generar un discurso de autoridad, el cual, al apoyarse en un patrimonio

corpus canónico, ofrece la posibilidad de ser nombrado y calificado como parte del mismo (137). Esperanza López Parada, por su parte, propone una definición más amplia en la que el archivo funciona tanto como repositorio de documentos y dispositivos para la imposición del poder imperial, como en sus acepciones de «lugar de la memoria» y «metáfora epistémica», las cuales posibilitan la interpretación «arqueológica» de los saberes y operan en diferentes registros como estrategia de resistencia y adaptación a la reinención de nuevas identidades colectivas (5).

antiguo, contribuiría a la edificación de una posible «patria criolla» a partir de la conservación y actualización de aquellos documentos heterogéneos que fueran relevantes en la construcción del patrimonio local («Carlos de Sigüenza» 18 y 19). Como veremos, Sigüenza y Góngora mostrará pleno dominio del archivo colonial en varios aspectos de su labor como escritor. Por una parte, esto lo identificaremos en su recurrencia a tanto fuentes europeas como americanas, a los distintos saberes y a las tradiciones textuales propias de su tiempo. Y por otra, en la actualización de su propia obra como un proceso inacabado y que evoluciona en función de su *proyecto integral criollo*.

Los puntos tratados nos llevan a las distintas consideraciones y discusiones que, durante el periodo virreinal, giraban en torno a la idea de un *discurso criollo*. Como Moraña ha señalado, el Yo, definido por su relación con la alteridad y a partir de condiciones reales de existencia individual y colectiva, debe considerarse como punto de partida para la estructuración de este discurso y, más concretamente, como una primera etapa en el proceso de construcción del sujeto social hispanoamericano (*Viaje* 131). En este sentido, Mazzotti especifica que este andamiaje discursivo no prefigura un ideario independentista por parte de los escritores criollos, ni mucho menos un igualamiento con las mayorías indígenas, africanas y de castas («Introducción» 13). Más bien, lo que dicho andamiaje revela es el hecho de que, en su generación como discurso, los criollos pretendieron, desde un inicio, que se les identificara con la conquista para legitimar así sus derechos a la explotación de las riquezas locales por delante de sus rivales europeos (Baena 61). De este modo, lo «criollo» se despliega como un tropo lingüístico, ideológico y discursivo en constante transformación, que, como veremos en más detalle, será de gran utilidad para entender las expresiones letradas del periodo virreinal (Vitulli y Solodkow 13).

A través de este discurso, la problemática criolla es transmitida mediante modelos retóricos autorizados que fueron reelaborados por una voz subalterna y relegada del letrado criollo. Mediante la escritura, este último había fijado los reclamos y propuestas para su pretendida inserción dentro de las instituciones de la colonia, reconfigurando así y, a través de un diálogo creativo con el poder,

los discursos dominantes (Moraña, «Introducción», xi). Gracias a esta dinámica textual, escritores como Sigüenza y Góngora desarrollaron una serie de estrategias en las que se articulan cuestiones relacionadas con la representatividad y epistemología criollas. Así, haciendo pasar sus argumentos como enraizados en la «razón», estos autores conseguían enfatizar el criterio de verdad al que buscaban ajustarse con el objetivo de ejercer autonomía tanto sobre la autoridad, como sobre la materia en cuestión (Rivera-Ayala 7 y 9). La trascendencia de dicha dinámica se manifiesta en un espacio social y discursivo de *lo criollo* en el que se entrecruzan dinámicas de etnicidad y género, agendas e intereses político-económicos, cuestiones identitarias, posicionamientos epistemológicos y debates vinculados al sincretismo y la secularización en formas inéditas de sociabilidad. Por tanto, el ámbito material y simbólico de este discurso criollo será la sátira, la máscara, el simulacro, la modestia afectada, la parodia, la fiesta, la confabulación y la utopía. Estos son modelos cuyo carácter paradójico e hibridez, alcanzados mediante una *performance* bien definida, así como a través de posicionamientos y prácticas sociales, pondrán en escena nuevas formas de subjetividad, producto de las tensiones entre dominación y resistencia (Moraña, «Poscriptum» 485 y 486). Como pretendemos mostrar, la trascendencia de este discurso radica en su capacidad para presentar dos historias, una personal y una colectiva, las cuales se reivindican al cuestionar a quienes dudan de las facultades de sus creadores y del procedimiento racional que estos siguieron en su elaboración para definir, debatir o argumentar sobre todo aquello que fuera de interés universal.

Para entender las intenciones de quienes estuvieron tras la generación de este discurso criollo, dos conceptos han sido tradicionalmente utilizados por la crítica: *sujeto* y *agencia*. Desarrollaremos su correlación a partir de la derivación del segundo respecto al primero. Sobre la noción de sujeto criollo, Sergio Rivera-Ayala identifica a este como un sujeto cuyo conocimiento había sido constituido de antemano sobre una verdad preexistente, la cual se sacaba a la luz o se ocultaba de acuerdo con lo que marcaba la agenda ideológica del momento. Esto lo conseguía llevar a cabo a través de la imposición de un juicio racional sobre la realidad, así como mediante su capacidad para generar un espacio alternativo de resistencia dentro

del saber de la Modernidad, lo cual le permitía autorizarse como sujeto diferenciado dentro del sistema epistemológico imperante (10 y 14). Dicha diferenciación se encuentra en la imagen del letrado criollo como figura que se forma para redefinir el origen de su propia historia y replantear así el futuro de las sociedades americanas (Moraña, *Viaje* 20). Se trata de una estrategia que se desarrolla mediante estrategias representacionales propias de la estética del Barroco de Indias, así como también del repertorio de tópicos, técnicas y problemáticas específicas de la agenda criolla, la cual, como mencionábamos anteriormente, priorizaba la elaboración de una diferencia visible para el poder imperial (Moraña, «Introducción», iv). Como resultado de esta diferencia, construida por los sujetos criollos educados en el ámbito virreinal, Peter B. Villela destaca la invención de símbolos y leyendas patrióticas a partir de figuras como los *tlahtoques*⁷, los cuales eran vistos como guardianes de una sabiduría ancestral, es decir, de una herencia antigua, prestigiosa y distintivamente americana con la que podían producir una identidad propia sin dejar de ser leales al sistema colonial (3 y 5). Por todas estas razones, podemos considerar que uno de los mayores y más importantes logros de sujetos criollos como Sigüenza fue la invención de un indígena arqueológico, mítico y discursivo: un indio alegórico a través del cual, y desde un doble movimiento, pretendieron alcanzar la singularidad que les permitiría formar parte de la cadena simbólica y material del poder imperial (Vitulli y Solodkow 36).

Como Mazzotti explica, la condición ontológicamente inestable del sujeto criollo —ora en plano de igualdad frente a los españoles, ora de inferioridad en cuanto a su representación política («Introducción» 20)— insta a considerarlo, por encontrarse entre ambos grupos, a partir de esta dualidad en la que los criollos problematizan la noción de sujeto dominante —los españoles— y dominado —los indios («Criollismo y el debate» 463). De dicha problematización, surgen las *agencias criollas* definidas por sus proteicos perfiles en el plano político y declarativo, así como también por una persisten-

7 Plural de *tlahtoani*, que se traslada a Occidente como «gobernante». Algunos de los *tlahtoques* mexicas fueron: Acamapichtli, Chimalpopoca, Moctezuma Ilhuicamina, Axayácatl, Moctezuma Xocoyotzin y Cuauhtémoc.